

LA IDEA

SEMANARIO REPUBLICANO SE PUBLICA LOS SABADOS

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Sixto Ramón Parro (Tripería), 27, teléf. 133

Toda la correspondencia se dirigirá á la Administración.

Los originales que se remitan estarán firmados y no se devolverán.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Toledo, un trimestre.	1,00 pesetas.
Provincias, id.	1,50 "
Número suelto	0,10 "
Anuncios y comunicados á precios convencionales	
Pago adelantado.	

EL GOBIERNO EN FRANCIA Y EN ESPAÑA

El Presidente del Consejo de Ministros en Francia Mr. Waldeck Rousseau, pronunció hace muy pocos días un notabilísimo discurso que ha producido gran impresión en toda Europa, demostrando con su elocuente palabra la necesidad que existe de combatir enérgicamente el terrible desenvolvimiento que, con grave perjuicio de los intereses de la libertad y de la democracia, viene observándose en las comunidades religiosas y en todos aquellos elementos que pueden ser calificados con el nombre de reaccionarios.

Y el gobierno francés, fiel custodio de los intereses democráticos y republicanos que hoy constituyen el ideal de las sociedades modernas, especialmente de aquellas en que el progreso intelectual ha logrado adquirir mayor desarrollo, se apercebe á la defensa, tomando severas medidas contra la *mano muerta*, enemigo común de todas las naciones, y que bajo la máscara de la religión no cesa de herir á la sociedad oculta y traidoramente, bien por medio del confesonario que le sirve para apoderarse del capital, al extremo de que en veinte años la propiedad inmueble de las congregaciones religiosas ha aumentado en más de 300 millones, bien por medio de la predicación excitando siempre los elementos perturbadores de los pueblos, para favorecer su causa, ó bien por medio de la educación que aprovechan para imbuir á la juventud ideas que, como dice el ilustre político francés, parece imposible que hayan podido sobrevivir al gran movimiento del siglo XVIII.

La política que con relación á este asunto ha seguido siempre Waldeck Rousseau, desde que ocupa la Presidencia del gabinete, no ha podido surtir mejores efectos. El clero francés, que en otro tiempo y por boca de un Arzobispo, tuvo osadía suficiente para insultar á este valiente campeón de la democracia moderna, hoy se presenta ante él sumiso y respetuoso ofreciéndole sus homenajes por medio de otro Arzobispo. Como se ve los resultados de esta política no han podido ser más positivos.

Es tanta la influencia que ha llegado á conquistar la reacción en España, y tal la debilidad de los Gobiernos, que nuestra nación ofrece hoy ante el mundo civilizado un espectáculo verdaderamente desconsolador: los Obispos, sin respeto al derecho y al Estado que los sostiene y que paga espléndidamente sus *buenos servicios*, predicán contra la unidad de la patria y contra la hermosa lengua castellana: los sacerdotes en los sermones dirigen ataques durísimos á la libertad y á la democracia; los rectores de los conventos autorizan para que en el interior de los mismos se fraguen complots contra el orden público; las niñas abandonan á sus familias para ingresar en los conventos gracias á los buenos consejos de los padres jesuitas que, movidos de piadoso interés, no pierden ocasión de apoderarse de una dote, y por último, según dice *Le Temps*, la aparición en el campo de las partidas carlistas se debe en gran parte á los trabajos del clericalismo, y si por desgracia los partidarios de D. Carlos consiguieran el triunfo de su causa, los curas no quedarían satisfechos completamente sino que seguirían luchando hasta conseguir el restablecimiento de la Inquisición, como afirma con muy buen criterio *Le Rappel*.

¿Y habremos de seguir consintiendo que la reacción siga su marcha triunfal sin encontrar el más pequeño obstáculo en su carrera hasta que en su desenfreno llegue á subyugar por completo el poder civil, como sucedía en los tiempos de Sisenando? ¿Y habremos de seguir tolerando que la *mano muerta* vea siempre reali-

zados todos sus deseos, satisfechas todas sus aspiraciones, cumplidos todos sus propósitos, y colmadas todas sus ambiciones, gracias á los buenos oficios de los Gobiernos que en todos los casos han demostrado especial interés en favorecerla contribuyendo con sus actos á su propagación y desarrollo? No, y cien veces no. Por encima de todas las consideraciones que puedan merecer sus representantes, está la patria: primero que el engrandecimiento y bienestar de esa potencia *oculta* y *rival* que se desarrolla dentro del Estado, debe atenderse al engrandecimiento y bienestar de la nación; y por último, antes que los intereses de una sola y determinada clase, deben estar siempre los intereses de un pueblo que, como sabemos, abarca en su seno un crecido número de clases.

Pero es preciso para combatir con fortuna á tan temible enemigo, no sólo la unión de todos los liberales, sino que el nuevo gobierno, apartándose del peligroso derrotero que han venido siguiendo sus antecesores y cuyos funestos resultados hoy lamentamos todos los buenos españoles, siga nuevo rumbo, y guiando las corrientes de la opinión sana del país, marche con ellas por caminos más liberales, destruyendo todos los obstáculos que la reacción hubiera de oponer en su carrera.

Este es á nuestro humilde juicio el único medio de poderla reducir á sus justos límites y salvar por consiguiente á nuestra patria y al derecho moderno de este terrible enemigo, contrario siempre á todas aquellas ideas que puedan contener algún germen de progreso, opuesto en todos los casos á las numerosas reformas que los pueblos cultos se ven precisados á realizar constantemente en virtud de las exigencias de la civilización, y eterno adversario de todos los adelantos de las ciencias modernas que para él no vienen á ser sino nuevas pruebas de impiedad religiosa.

En Francia, la opinión liberal acaudillada por el gobierno, se propone dar la batalla, y la *mano muerta*, por grande que sea la fuerza que haya podido adquirir, se verá postergada ante el poderoso empuje de las nuevas ideas. ¿Tendrá el gobierno español energía suficiente para imitar la conducta del francés? ¿Se decidirá por fin á combatir resueltamente á los elementos reaccionarios que saliéndose de su jurisdicción quieren sujetar á su dominio todos los poderes del Estado? No lo esperamos. Pero tenga presente, que si por casualidad se determinase á obrar de esta manera, todos los buenos españoles, ó sean, aquellos que todo lo posponen ante el interés y el bienestar de la nación, habían de prestarle en tan justa causa su apoyo más incondicional.

CÉSAR MORALES FIGUERA.

LAS SOCIEDADES DE SEGUROS

Convencidos los que en España vivimos, de que todo país ó individuo pobre hace bastante con satisfacer las necesidades diarias incumpliendo muchas veces, y sin garantías bastantes para el tenebroso día de mañana, se ha hecho por unos y consentido por otros, activa propaganda en el sentido del ahorro.

Es un principio justo de economía, que el pobre, por la agregación periódica de pequeñas cantidades, pueda empezar por un capital siempre corto, y sumar al cabo del término convenido, lo que en muchas ocasiones constituye el bienestar propio y el de sus deudos.

En el ahorro está la contención del vicio, y el dique de la dilapidación y nadie puede negarse en tal obra meritosa.

Supongan nuestros lectores que se lleva el convencimiento al ánimo del pequeño productor, y que en cambio de su corto capital se le ofrece en fecha fija y conocida, para sus necesidades, lienzo para enjugar sus lágrimas, y dinero para contrarrestar el egoísmo humano siempre absorbente.

Conseguido está de este modo el propósito de las Compañías aseguradoras; pero triste es pensar el desengaño del imponente, viendo incumplido un compromiso y sustraídas á su actividad, cantidades que, grandes ó chicas, hubieran podido tal vez orientarle con acierto en los rumbos de la vida.

Se destruye entonces el fundamento moral del ahorro, y se empuja de tal modo por el camino de la violencia á los que se ven malamente desposeídos de su pequeño capital.

Siente nuestro semanario particularizar el caso por que tiene afición á tratar los asuntos en *tésis*, pero no puede menos de confesar que la Compañía de Seguros *La Vida*, ha incurrido manifiestamente en el caso de defecación á la credulidad pública.

Se anuncia la citada Empresa como salvadora del pobre, y acuden allí con el óbolo insignificante de la miseria, el padre, la viuda, el buen hijo, y en suma, todo el que viviendo estrechamente *hoy*, siente aún más los temores del mañana.

Se adorna la *Sociedad* con reglamentos hechos con tal estructura retórica que á cualquiera alejan del engaño.

Viene protegida por un cúmulo de nombres en su Consejo de administración, que pesados en quilates, valen mucho oro moral y mineral, pero ni aun esto sirve.

Ofrece la *Sociedad La Vida*, formación de grupos en plazo determinado que devolverían á los poseedores la póliza primitiva con el capital á repartir y los intereses correspondientes; pero llega la fecha del cumplimiento y los asociados no recuperan su dinero.

No es esto cierto por completo, puesto que nueva D.^a Baldomera ha dado á los imponentes más expertos en cobrar el dividendo á 9,02 por cada una de las pesetas impuestas.

Los otros imponentes han sido menos afortunados y han tenido que pasar por la privación de su dinero, y por la tratación injustificada del domicilio social desde Madrid á Barcelona.

De nada han servido las reclamaciones particulares, las quejas escritas del Gobernador de la ciudad Condal, las amenazas de llegar á la vía judicial, ni el clamor de la prensa, porque á pesar de todo esto, el capital de los pobres sigue en manos, que no sabemos qué harán con él, pero de ningún modo se halla el ahorro en el lugar que debiera de estar.

Un subscriptor nuestro, poseedor de una póliza personal, y de otras seis para cada uno de sus hijos, ha visto estrellados sus esfuerzos y con grave perjuicio suyo se ve privado de una cantidad de importancia que figuraba como partida precisa en el presupuesto doméstico.

En la resolución equitativa del asunto se hallan interesados los Tribunales de Justicia que en la actualidad no ven cumplida la ley; el Consejo de administración, cuya respetabilidad se escarnece; los imponentes para sacudirse de la nota de infelices con que hoy se los tacha, y el fuero común para no consentir tamañas tropelías.

El asunto ha originado ya un conflicto de orden público que tuvo como consecuencia la rotura de cristales en la casa del Sr. Lairón, padre del director actual, y puede tener aún más transcendencia si todos los impo-